

cios de deducción, que da ya resueltos, y que propone a manera de ejemplo del funcionamiento del cálculo K-M. Algunos de los ejercicios son de especial interés; por ejemplo: los ejercicios 20, 21, 22 y 23 (pp. 72-77), en los cuales se formalizan y prueban algunos teoremas de la teoría de grupos tomando como premisas los axiomas de la teoría.

En II.5 (p. 88) se prueban los conocidos teoremas de la deducción, las cuales son sorprendentemente sencillas en las versiones dadas en el libro. Concluye el capítulo segundo con la definición de los conceptos de *consistencia* y *contradicción* (p. 97), así como la prueba de algunos teoremas relativos a dichos conceptos.

Por fin, entramos en el tercer capítulo de este manual. En esta última parte, rotulada con el nombre de "semántica" y en la cual el concepto de *interpretación* es el concepto básico, introduce y define por inducción semiótica simultánea los conceptos de *denotación* y *satisfacción* (p. 109). También los conceptos de *consecuencia* (p. 116) e *independencia* (p. 118) son introducidos y definidos. Tampoco en este capítulo faltan ejercicios. En efecto, en III.6, el autor da nueve ejercicios de prueba de independencia. Merece mención aparte el ejercicio número 5 (p. 122) en donde el autor muestra como el famoso "argumento ontológico" de San Anselmo no es argumento concluyente.

En las secciones III.7, III.8 y III.9 el autor desarrolla el camino conducente a la presentación y la prueba de los famosos teoremas de *Skolem* (p. 135) y de *Gödel 1930* (p. 136). Este último aparece en una formulación muy precisa, y la prueba es sumamente sencilla. Mosterín, apoyándose en ideas de Hasenjaeger y de Hermes, da una prueba de *Gödel 1930* que es una notable modificación de la que Kalish y Montague dieron en 1957 para este mismo cálculo.

Para acabar no está por demás insistir en el valor de este magnífico manual en el cual el rigor teórico se combina con el énfasis en la praxis. Por estas y otras razones, *Lógica de Primer Orden* merece aparecer en la bibliografía lógica, así como también ser estudiado y usado por todos aquellos que estén interesados e involucrados en la lógica moderna.

ARTURO CISNEROS

Brian E. O'Neil, *Epistemological Direct Realism in Descartes' Philosophy*. Albuquerque: The University of New Mexico Press, 1974, 112 pp.

Según la clasificación que adelante en *Crítica*, VIII, 22, este libro pertenece a la categoría de los que hacen una defensa moderada de

Descartes. En este caso se trata de salvar a Descartes del cargo de solipsismo epistemológico. O'Neil sostiene que hay elementos en los escritos de Descartes —especialmente en los más tempranos— que permiten afirmar en él un realismo epistemológico directo. Es decir, que Descartes no sostiene una doctrina que afirme la existencia de un velo del conocimiento. Paradójicamente O'Neil también sostiene que Descartes asume un innatismo total. ¿Cómo reconciliar estos extremos, a saber, por una parte, la idea de que hay un tránsito no mediado de la materia al pensamiento (realismo directo) y por la otra, que las ideas son internas a la mente (innatismo)? Veamos.

En el capítulo primero, O'Neil examina la idea que tiene Descartes de la realidad como compuesta de naturalezas simples. En esta concepción atomista no aparece aún el innatismo y en cambio se exhibe un realismo cabal, todo ello aderezado con la afirmación de la existencia de necesidades en la realidad.

En el capítulo segundo, el autor compara la tesis de Descartes con la de Tomás de Aquino. Descartes, como es sabido, rechaza la tesis de las formas sustanciales y por ello rechaza la forma aristotélica del realismo y adopta otra, a saber, una en que las formas de las cosas mismas llegan por la imaginación directamente a la mente.

Sin embargo, en el capítulo tercero, O'Neil expone los motivos que llevan a Descartes al abandono de ese realismo directo. El principal de ellos es el dualismo sustancial que impone un dualismo epistemológico a través de su teoría de la certeza. El abandono del realismo directo se exhibe en la tesis de la idea como un ser objetivo. O'Neil exhibe las tensiones en esa tesis.

En el capítulo cuarto, O'Neil trata de deshacerse de una interpretación extrema de Descartes según la cual, dado su dualismo, debe asumirse un innatismo total —que además parece exigirle su teología racional. Como es común, Descartes finta hacia una tesis innatista para todas las ideas en sus *Notae in Programma*. O'Neil exhibe evidencia textual suficiente para rechazar esa tesis extrema; sin embargo, concede que esa tesis recibe un apoyo decidido de la tensión que Descartes permite entre lo sensórico y lo intelectual. Descartes no provee un enlace suficiente entre los sentidos y el intelecto y se ve llevado a no poder explicar el comercio entre ambos. Entre los dos caminos que le quedan disponibles, interaccionismo y ocasionalismo, se inclina por el último aunque afirmando verbalmente el primero. O'Neil siente que no obstante todo lo anterior hay en Descartes un realismo directo que va de la esencia en la cosa a la esencia en la mente (ser objetivo) y llega a la conclusión de que si Descartes no hubiese mal interpretado la tesis de la for-

ma sustancial podría haber encontrado un camino que va de la realidad al intelecto humano. Desgraciadamente no fue así y O'Neil concede implícitamente que Descartes cae en un innatismo total.

La interpretación de O'Neil es muy optimista y su optimismo descansa en la pasividad. O'Neil asume que todo se puede arreglar en Descartes aun dejando intactos su esencialismo y su dualismo sustancial. Hay mucha evidencia en contra de esta asunción en la filosofía contemporánea. Si O'Neil hubiera enfrentado esa oposición tendríamos una deuda mayor de la que tenemos con él.

ENRIQUE VILLANUEVA

Plato, *Phaedo*. Translated with Notes by David Gallop. Oxford: Clarendon Press: Oxford University Press, 1975, 245 pp.

El presente libro está estructurado de la manera siguiente: después de un brevísimo prefacio el autor presenta inmediatamente la traducción al inglés del *Fedón*, con la nomenclatura de Stephanus, basada en el texto griego de Burnet (pp. 1-72). A ésta se añade un amplio comentario bajo el título de "Notes" (pp. 74-225) y un pequeño capítulo llamado "Notes on the Text and Translation" (pp. 226-238). Al final se encuentran una bibliografía ("Select Bibliography", pp. 239-240), una sección de libros y revistas citados ("Works and Periodicals Cited", pp. 241-242) y un índice de nombres y temas tratados ("Index", pp. 243-245).

En cuanto a la traducción, se han revisado los siguientes pasajes: 57a-60e (principio del diálogo), 72e-77d (acerca de la Teoría de la Reminiscencia como prueba de la inmortalidad del alma) y 116a hasta el final de la obra. Ahora bien, la traducción es, sin lugar a dudas, muy buena. Está escrita con fluidez y soltura y se lee con facilidad. El rasgo más sobresaliente de ella es tal vez —por decirlo así— una ligera "modernización"; esto es, el traductor no se apega siempre exactamente al original, sino se toma ciertas libertades. Esto facilita la lectura del diálogo, pero al mismo tiempo aleja (a veces más, a veces menos) del modo de hablar de los griegos. Sólo un par de ejemplos: 58 a10 ὡς φασιν Ἀθηναῖοι está traducido por "according to Athenian legend", cuando se dice en realidad "como dicen los atenienses" (cf. la traducción de la *Loeb Classical Library*: "as the Athenians say"); 74 b1 deja sin traducir el ἢ Δί', "por Zeus"; 76 d5 ἀλλὰ ἐμαντὸν οὐδὲν εἰπὼν está reproducido muy libremente por "I didn't realize I was talking nonsense"; 58 d7-8 Ἀλλὰ μὴν, ὦ Φαίδων, καὶ τοὺς ἀκουδομένους γε